

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse
al Apartado de Correos 347.

LA VIDA EN BROMA

¡VIVA LA PRENSA!

Está visto que Madrid se aburría porque le daba la gana.

En cuanto un periódico se ha empeñado en alegrarle, lo ha conseguido en seguida. ¡Qué no conseguirán los periodistas!...

Hasta hacer reír á todo un pueblo.

Bastaron unas noches de verbena, un castillo de fuegos artificiales, y una rifa golosa y tentadora, para que todos los vecinos y no pocas vecinas, sacudieran la morriña estival y se entregaran á toda clase de transportes de alegría, únicos transportes que están económicos en nuestro país.

Ahora la gente ya siente hasta ansias de jugar al corro, de brincar y de dar saltos, de abrazar á las señoras y de reír.

¡Qué cambio tan radical!... ¡Qué dóciles son las multitudes!... La de Madrid sobre todo.

Embargada por la alegría, ya no le molestan las zanzas abiertas en la Puerta del Sol, el impuesto de inquilinato, el pan falto de peso, ni la leche adulterada.

Realmente la Prensa obra milagros. Hace dos semanas, la corte padecía de espín; las mujeres suspiraban por una playa; los hombres, cansados de la vida, pensábamos en el suicidio; todo era tristeza y pesadumbre. No se veían por la calle más que caras largas y ceños adustos...

Hoy, todo ha cambiado, menos el Gobierno. Madrid arde en fiestas; todo son verbenas, música, bailes y... "tíos vivos", dicho sea sin ofender á nadie.

La corte ha vuelto á recobrar su pristina jovialidad, su clásico buen humor, su característica alegría.

¡Viva la Prensa!... Y conste que al hablar de la Prensa incluyo á todos los periódicos, desde la "Gaceta Oficial", única que todavía no da cupones, hasta "La Hoja de Parra", que tampoco los da, porque... ¡qué cupones va á dar si se vende tanto!...

Todos ellos, igual los ilustrados que los que están por ilustrar; lo mismo los "rotativos" que los que se tiran en máquina plana, merecen la gratitud del pueblo y su suscripción.

Y es tan grande su poder, que hasta han conseguido que la temperatura refresque en pleno Julio. Yo no sé esos periodistas cómo se las arreglan para tener influencia hasta en el cielo.

Cosa que—¡pásmate, lector!—no

han logrado ni los que todo lo pueden en este mundo, que son Romanos y Pidal. ¡Ni la Tabacalera!!

¡Oh, la poderosa palanca!... ¡Si no



fuera porque algunas veces se empeña en derribar gobiernos y no lo consigue, sería cosa de creerla omnipotente y sobrenatural!

Lo mismo que habría que creer en su incontrastable fuerza, si no tuviera que recurrir á los regalos y á los cupones para conquistar la perra chica.

Por la Prensa se divierte hoy Madrid, y por los periódicos estamos gozando de un fresco agradable.

No crean ustedes que lo gozamos porque está cerca el Guadarrama, co-



mo dicen algunos, ni porque sigue en Madrid Barroso, no, señor.

¡A cada cual, lo suyo!

F. ROIG BATALLER.

Ayuntamiento de Madrid

¡POR DIOS, SEÑORA!

(A una lectora que me pide versos.)

¡Sea!... ¡Sí, señora, sea, ya que usted tanto lo ansa!... Pero es una tontería lo que usted de mí desea.

El verso, que antaño dió tanto juego entre la gente, hoy, ni es serio ni decente, ¡ni Cristo que lo fundó!

Tan cursi es en nuestros días, tan ordinario y vulgar, que se emplea en anunciar solamente sastrerías.

Ni su ritmo melodioso, ni su cadencia sonora, nos impresionan ahora.

¡Nada, que es cursi y es soso!

¿Y aún existe quien impetre versos de mi Musa obscura?...

¡Pero, por Dios, criatura, usted ha perdido el caletre!...

¿En qué edad, vamos á ver, vive usted, Natividad?...

(No me diga usted su edad que no la quiero saber!)

¿En qué estado de candor vive usted que así discurre?...

¿Es que el verso no la aburre?...

¡Hija mía, por favor!...

Es usted, por lo que miro, un ejemplo inusitado.

¡En cambio á mí un pareado me hace el efecto de un tiro!

Si lo que pretende usted es que cante sus encantos, yo no estoy para esos cantos ¡ni veo que usted lo esté!

Yo lo odio de una manera que ante un verso desespero. ¡No odio tanto á mi casero sobre ser un hombre fiera!

Por hacer versos de chico, descuidé desatinado la carrera de abogado hace veinte años y pico.

Por él me fué tan adverso un amor ciego que tuve, ¡porque yo al principio anduve haciendo el amor en verso!

Por él... Pero, ¿á qué seguir?... Por él yo, vate infecundo,

sufrí y sufro en este mundo todo lo que hay que sufrir.

Hambre, sed, tribulaciones, achaques y languideces, y á veces... ¡la mar de veces! pateos y coscorrones.

No, María, no, por Dios.

El verso es un mal social y en mí, que soy otro mal, peor, porque somos dos.

No más verso, que es adverso y dado á males sin tasa...

¡Y no vuelva por mi casa como me pida otro verso!

PIO GRACO

Merienda acuática.- El té de las cinco en el mar

Es la última, la suprema de las elegancias. Dar té en el agua, como ahora se dan tés danzantes y sin danzar, es la gran moda.

Además, parece ser que bajo el punto higiénico no puede ser mejor. Beber té y comer algunas golosinas en el baño, acariciado por las olas, es sumamente sano.

Es una moda que puede hacerse fácilmente en todas las playas; todo lo que hace falta, aparte de los comestibles y bebestibles es lo que llaman "bandeja de Océano", aparato sencillo que cualquier persona puede construir en un par de horas.

La invención proviene de una rica muchacha de Nueva York, Miss Carlota Van Costland Nicoll, que actualmente veranea en Lony Beach, y donde todos los viernes por la tarde da á sus amigas un magnífico té acuático. La idea ha gustado y ya ha tenido varias imitadoras.

El baño, el aire del mar, el ejercicio de natación es un gran aperitivo. Como éste no se puede satisfacer hasta después de haberse cambiado de ropa, en lo cual invierten bastante tiempo las damas, Miss Carlota, impaciente por tomar un bocadillo cuando el estómago se lo pidiera, ideó comer en el mar, en pleno baño.

Unos cuantos emparedados de caviar, jamón y foie-gras, media docena de pastas y pasteles y unas cuantas tacitas de té, tomadas con el agua á la cintura, lejos de los curiosos de la playa, debía ser cosa exquisita.

Ordenó al carpintero del hotel que le hiciera una balsa que sirviera de mesa, con un castillete en la popa para el servicio y un puente en la proa para colocar platos y servilletas, y una vez construída la almadía para el té, se verificó la inauguración con gran solemnidad y un espléndido servicio.

Miss Carlota invitó á varios amigos y amigas, y la merienda les pareció de perlas.

Se dan casos, y la inventora ha tenido ocasión de observarlo, que cuando el oleaje es muy fuerte, la mesa flotante suele inundarse, y tanto el té como los emparedados y las pastas, llevan sus remojones y adquieren cierto gustillo salado y amargo; pero esos son pequeños detalles que alegran la reunión y le dan mucha gracia y mucha sal.

De todas maneras, el castillete de popa protege contra el oleaje los manjares y el té.

Dos camareros del hotel penetraron en el agua, conduciendo la almadía del servicio, lo mismo que si hubieran entrado en un salón alfombrado.

Como decimos, el ensayo les pareció tan magnífico, que ya tiene imitadoras, y todos los días, de cinco á siete de la tarde, en la playa veraniega de moda, se ven á algunos metros de la costa, más adentro, servicios de té flotante sobre el agua y bañistas que saborean emparedados y paladean rico y aromático té.



La moda introducida en las playas yankis por Miss Carlota Van Costland. Los invitados alrededor de la "Balsa de Océano" tomando el té. Los camareros ponen la merienda en la balsa. Buscando un buen sitio donde tomar el té al fresco.

= Palacio submarino ideal. =



Sección del palacio submarino ideado por la señorita Yane.

La encantadora artista francesa del teatro de Capneines, Heloise Yane, llamó al ingeniero Francois le Duc, y le dijo:

—Estoy cansada de quintas, castillos y yates; quiero algo original, algo que nadie posea, algo que no se le haya ocurrido á los multimillonarios yanquis, á los Monarcas europeos ni á los nababs de la India.

—Un palacio submarino—dijo el ingeniero.

—¡Magnífica idea! Hágame usted los planos. Quiero que el palacio se edifique en la bahía de Nápoles, á unos treinta metros de profundidad, entre Loreto y la isla de Capri.

El ingeniero hizo los planos del palacio de cristal submarino, del que damos una idea gráfica en esta información.

Ha de ser todo de cristal, para poder observar toda la vida submarina, y tendrá dos pisos. La entrada, por la planta baja, se hará por medio de escafandras, entrando en un vestíbulo, del que se desalojará el agua, pasando inmediatamente al cuarto contiguo para hacer la "toilette". Calcula el ingeniero que no se tardará más de cinco minutos en el descenso del buque al palacio.

En la parte superior del edificio habrá un periscopio como el que llevan los submarinos, y gracias á él se podrá observar todo lo que sucede en la bahía y admirar las preciosas costas napolitanas.

En el lado opuesto de esta cámara se establecerá el cuarto de pesca eléctrica. En lugar de anzuelos, hilos eléctricos con un flotador, llevarán en gancho el cebo, y al acercarse los peces para morderlo, bastará tocar un botón para producir la descarga y

matar al glotón. Los peces electrocutados flotan en la superficie, y serán recogidos por botes al servicio del palacio. Al mismo tiempo, la batería eléctrica de pesca servirá para defenderse de los ataques de cualquier monstruo marino.

En la planta baja, además de los compartimientos citados, irá el gran vestíbulo y la escalera principal que conduzca al segundo piso, y todo el edificio estará decorado y amueblado con el gusto más exquisito, y los efectos de luz serán maravillosos, como no se puede tener idea sobre la faz de la tierra.

Para subir y bajar de un piso á otro, diferentes ascensores se encargarán del transporte, y para estar en comunicación con el mundo habrá un teléfono sin hilos, que comunicará con la estación de Sorrento.

Habrá también un departamento destinado á la gimnasia y esgrima, y aunque la temperatura siempre será fresca, además de baños y duchas, llevará una piscina con agua, que se renovará constantemente, donde los felices habitantes del palacio encantado podrán dedicarse á ejercicios de natación.

Para dar aire y ventilación al palacio, éste lleva en la planta baja una bomba poderosa que asegura la constante renovación del aire.

El ingeniero que ha hecho los planos calcula que, llevar á cabo la construcción del proyecto con todos sus detalles y aditamentos ha de costar unos diez millones de reales.

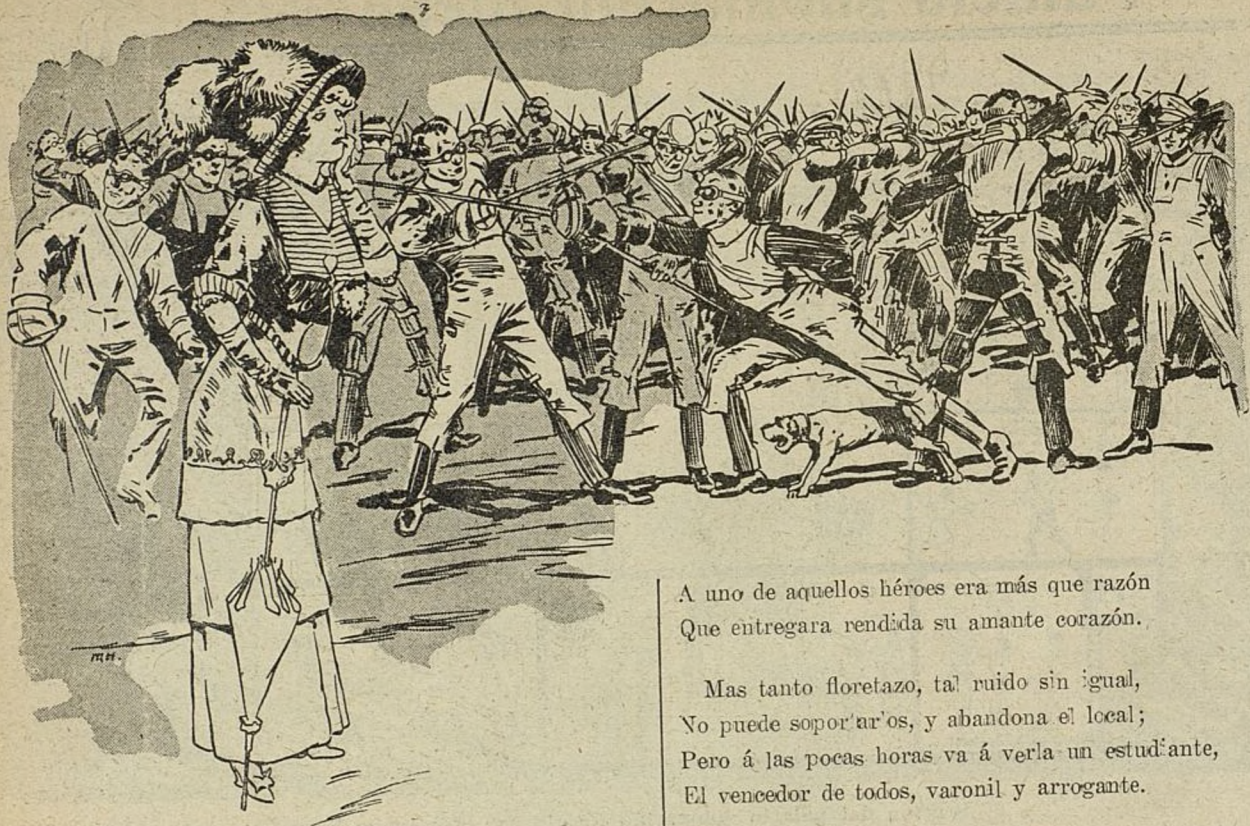
La hermosa Yane le ha dicho que es caro, y que ella no tiene tanto dinero; pero como ha confesado que compartirá la estancia en el palacio submarino con un buen mozo que tur-



Mlle. Heloise Yane, encantadora artista francesa que ha mandado hacer los planos del palacio submarino.

viera dinero, ya ha tenido ofertas por docenas, y se espera que haga la elección para dar órdenes al arquitecto, y empiece la construcción de la maravilla submarina.

Aunque no hemos hecho mención de ello, ya comprenderán nuestros lectores que no faltarán habitaciones, comedor, cocina y demás cuartos necesarios para la vida, tanto en tierra como en agua.



En busca de marido.

En Berlín no llevaba la viuda una semana,
Cuando pensó salir á otra villa alemana;
Y á Heidelberg se marchó, ciudad estudiantil,
Ciudad vieja, que encierra curiosidades mil.

Cuando los estudiantes supieron la visita,
Fueron á saludar á la hermosa viudita,
Haciéndole monstruosa, colosal ovación,
Cuando la bella viuda se apeó en la estación.

Recibía por cientos las cartas amorosas,
Declaraciones ternas, amantes, primorosas;
Mas como no podía ser de todos mujer,
A uno solamente habría de escoger.

Reunieronse todos en el Schloss Hotel,
Y allí, con sus floretes, en confuso tropel
Esgrimieron las armas, con grande gritería,
Se dieron tajos, cortes, pinchazos á porfía.

La viuda les veía reñir entusiasmada;
El ruido de los sables la tenía encantada.

A uno de aquellos héroes era más que razón
Que entregara rendida su amante corazón.

Mas tanto floretazo, tal ruido sin igual,
No puede sopor'arlos, y abandona el local;
Pero á las pocas horas va á verla un estudiante,
El vencedor de todos, varonil y arrogante.

Venía el buen muchacho á pedirle la mano,
Ganada en buena lid; pero aquel ser humano
Tenía en vez de cara un mapa enmarañado,
Lleno de cicatrices, cosido y arañado.

No pudo la viudita ocultar su extrañeza,
Y dijo al contemplar aquella gran rareza:
—Quiero que, por lo menos, tenga cara mi esposo,
Y no un rompecabezas, un puzzle horroroso.

FERS



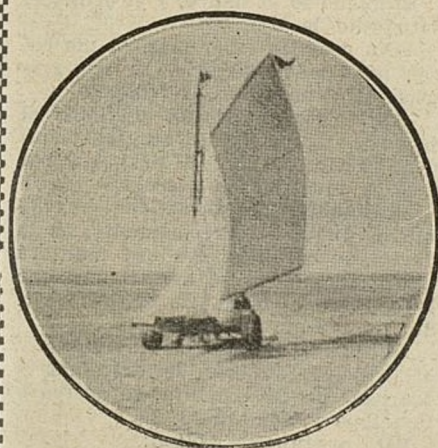
COSAS RARAS Y NUEVAS

La playa de La Haya, capital de Holanda, no está en la misma capital, sino a algunos kilómetros. Es estación balnearia y lleva el difícil nombre de Scheveningen.

YATE TERRESTRE

Es una hermosa playa lisa y grande, y en ella, además de los bañistas que se ven en todas las playas del mundo, se pueden admirar unos curiosos vehículos que llamaremos yates terrestres. Son plataformas con ruedas y llevan aparejo ó velamen de balandro con sus foques como cualquier yate náutico.

Recorren la costa suave de los Países Bajos y cuando les impulsa



viento favorable adquieren velocidad verdaderamente vertiginosas.

Después de cocer jamón, déjese enfriar el agua, recójase la grasa que sobrenada, quítesele bien el agua y quedará una manteca excelente para hacer pasteles y repostería. Las pastas adquieren un gusto delicadísimo.

Siempre fué un problema para las señoras el pañuelo. ¿Dónde llevarlo?

PORTA PAÑUELOS

Como no tienen bolsillos en sus vestidos, se han tenido que valer de mil medios para llevar ese pedacito de batista tan necesario.

En los portamonedas, en las bolsas, en el pecho, en todas partes se ha llevado el pañuelo.

Ahora, las damas alemanas han descubierto una nueva moda.

El pañuelo va colgado de la mano; mejor dicho: va colgado del brazalete por medio de una cadenilla de plata ó de oro, que tiene un gancho del cual pende el pañuelo.

El invento está muy de moda en Alemania, y ya se va extendiendo por otros muchos países.



Nuestro grabado da una idea del nuevo invento.

En el pueblo de Louviers, Francia, se desencadenó hace pocos días una

EFFECTOS DEL RAYO

formidable tormenta, y en la población cayeron varios rayos. Uno de ellos fué á dar á la chimenea de una fábrica y después de deshacer por completo el remate bajó partiéndola, como con cuchillo, en dirección



perpendicular, cambiando después de dirección y abriendo enorme boque-

te de dos metros en otro lado de la chimenea.

El grabado que damos aquí es copia de una fotografía tomada en el mismo día de la tormenta.

Un dentista de Moscou, antigua capital de Rusia, asegura que puede poner dientes falsos que crezcan en la boca tan bien como los dientes naturales.

¿Será una verdad de sacamuelas?

Son las Fidji ó Viti un archipiélago situado en el Océano Pacífico meridional, archipiélago formado por más de doscientas islas ó islotes país sano, pero sumamente cálido, donde caen lluvias tan torrenciales, que la cantidad media por año viene á ser de ciento á ciento diez pulgadas.

Los indígenas andan ligeritos de



ropa, como conviene á la alta temperatura de aquellas regiones y sus casas están hechas de manera que se aproveche todo el fresco que traen á las tropicales regiones las brisas marinas.

Por si alguno de nuestros lectores quiere aprovechar el modelo para librarse de los calores estivales, reproducimos el interior de una de las chozas del archipiélago, donde se ve la cama ventilada y una indígena durmiendo fresca y sabrosa siesta.

Pisar una alfombra como la que acaban de hacer para el Maharajah de Baroda debe ser una profanación.

VAYA UNA ALFOMBRA

Se han tardado tres años en fabricarla, á pesar de que sus dimensiones no tienen nada de colosales, pues sólo mide tres metros de largo por unos dos escasos de ancho, pero está tejida, no con lana, seda, plata ni oro, sino con hilos de perlas y lleva en el centro y en las esquinas un círculo de diamantes, es decir, que parece un cinco de oros.

Esta maravilla ha costado doscientas mil libras esterlinas, es decir, bastante más de cinco millones de pesetas.



EL MISTERIO del tren ESPECIAL



NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCECOS"

y ahora me encuentro sin jinete. Ese capitán se ha vuelto atrás.

—Es una verdadera lástima—exclamó el príncipe con tono de lástima—; pero no será una desgracia irreparable. Se busca otro que la monte; no faltará uno, y en último caso, el picador de la casa puede hacerlo.

Ya en el comedor se habían enterado de la conversación, y el duque contestó:

—Mi querido príncipe, no puede ser; es una carrera para caballeros solamente. Claro que no es imposible encontrar uno que sustituya al capitán Chalmers; pero no hay tiempo, porque la carrera es hoy mismo, esta mañana, ahora, y como la yegua de mi hija, aunque buena salvadora de obstáculos es un poco insegura, es difícil encontrar un caballero que se preste á correr en el steeplechasse.

—No digo que no—exclamó afligida la hija del duque—, pero el capitán, aunque excelente jinete, tiene la mano muy dura.

—Pero aquí mismo, entre sus amigos, no faltan buenos jinetes; sir Charles, por ejemplo—dijo el duque.

—Charles monta su propio caballo—replicó lady Grace—, y aunque no creo tenga probabilidades de ganar con el suyo, ¡cualquiera le hace montar en otro caballo!

—Claro que no—replicó el barón—; mi caballo no será un relámpago, pero puede ponerse donde se pongan los demás; y si no, ya lo veremos.

—¿Qué lástima, mi querida señorita! Lo siento mucho. Ya veo que es difícil arreglarlo. Si ustedes me permiten, y quiere usted aceptar mis servicios, yo montaré en ella—dijo el príncipe.

—¿Usted?—exclamó asombrada la muchacha.

—¿Es de veras?—preguntó Penélope, con no menor asombro.

—¿Y por qué no?—preguntó él—. Si me admiten, y lady Grace me hace ese honor, no veo la imposibilidad.

—Pero yo creía—dijo el duque—que á usted no le gustaban los deportes.

—No se puede decir que sea un sportsman, en el sentido que ustedes dan á la palabra; pero, cuando hace falta darse un trote á caballo, lo doy.

—¿Pero ha corrido usted alguna vez en una carrera de obstáculos?—preguntó Somerfield.

—En mi vida—contestó el príncipe—. Ni siquiera sé lo que es eso, si he de hablar con franqueza.

—Pues una carrera en la que hay que dar muchos saltos, atravesar zanjaz, vallas, etc.

—Si la yegua de lady Grace puede saltar, yo también saltaré montado en ella.

—La cuestión es que...—dijo Somerfield, sin atreverse á terminar.

—¿Qué?—preguntó el príncipe. Somerfield no sabía cómo terminar, y el duque intervino, diciendo:

—El barón pensaba, mi querido príncipe, que, para correr un steeplechase, tal y como aquí lo hacemos, es necesario tener un poco de conocimiento del terreno y del caballo, y que usted ni siquiera ha visto el que va á montar.

El príncipe se sonrió, y contestó:

No lo dudo, pero por mi parte eso me tiene sin cuidado. Recuerdo que una vez en Mukden monté doce caballos diferentes en un solo día. No debiera hablar de esas cosas; pero la ocasión se presenta. Ahora que, quizá, el inconveniente mayor sea que lady Grace no quiera confiarme su yegua por ignorar lo que es eso de... ¿Cómo le llaman ustedes? ¿Steeplechasse...?

—¿Cómo que no?—replicó lady Grace—. No sólo le confío mi yegua, sino que voy á apostar por usted todo el dinero que tengo.

Bransome sacó el reloj y dijo al príncipe:

—Es muy tarde y apenas va á tener usted tiempo de prepararse ni de ver el camino.

—Alguno de ustedes me dará instrucciones—dijo el príncipe—. Sólo necesito saber á dónde tengo que ir.

—Si quiere usted que recorramos la pista, vámonos en automóvil, y podrá usted también ver la yegua.

Cuando el príncipe salió del comedor, los que quedaban, divididos en dos bandos empezaron á comentar el suceso.

Para un hombre que nunca ha cazado á caballo ni conoce el terreno—dijo Somerfield—me parece una locura querer tomar parte en esta carrera. Si quiere usted seguir mi consejo, lady Grace, no haga usted eso. Su yegua es demasiado buena para que se la estropeen en un dos por tres.

—Pues estoy dispuesta á correr á riesgo, mi querido amigo—dijo lady Grace—, y aunque sea la primera vez que el príncipe toma parte en una carrera, confío en él.

Somerfield quedó un poco disgustado con la contestación, y se dirigió á miss Morse.

—¿Qué te parece, Penélope?—preguntó.

—Pues que soy de la misma opinión que Grace.

—El duque y el príncipe llegaron á la pista.

—Subamos aquí—dijo el duque al príncipe—, y con sus gemelos examine la pista; yo le señalaré los obstáculos.

—No se moleste; no es necesario que me los indique usted uno por uno—replicó el príncipe—. Indíqueme

solamente el punto de partida, y aproximadamente por dónde tenemos que ir y el punto donde termine la carrera. Con eso me basta.

La mayor parte del camino que tenía que recorrer se veía perfectamente desde la altura donde se encontraban. El duque le señaló la gran franja de agua, indicándole la dificultad del salto. El príncipe no le dió importancia; se fijó en un grupo de árboles, y preguntó:

—¿Por qué lado?

—Por la izquierda—replicó el duque—; procure no salirse de la línea de banderines rojos.

—Muy bien; no olvidaré su consejo; y ¿dónde está la meta?

El duque se la indicó, y el príncipe, satisfecho, le dijo:

—No necesito saber más, ni me hacen falta más indicaciones; mil gracias. Fueron á ver los caballos.

—¡Preciosos animales!—exclamó el japonés—; muy finitos, muy delgados, pero preciosos; pero el que me gusta más es aquel alazán obscuro.

—¡Hombre, qué casualidad!—exclamó el duque—. Precisamente, es la yegua de mi hija. En esa montará usted. Bueno, voy á avisar para que le apunten á usted. Es un poco tarde; pero ya lo arreglaré yo.

Ya habían llegado los invitados, y el príncipe, después de examinar y acariciar su cabalgadura, se acercó á Penélope y Somerfield.

Este preguntó á Maiyo:

—¿Qué le parece á usted mi caballo? Me parece que le voy á ganar á usted.

—Pues á mí me gusta mucho la yegua, y haré todo lo posible por vencer á usted—replicó el japonés.

—Vamos á hacer una apuesta, ¿quiere usted?—replicó el barón.

—Con mucho gusto; diga usted cuánto.

—Lo que usted quiera—contestó el joven—; señale la cantidad desde cincuenta duros hasta quinientos.

—¡Vayan los quinientos!—dijo el príncipe—. ¿Hecho?

—Hecho.

El japonés se quitó el sobretodo, y vieron que estaba ataviado con traje de montar. Chaqué negro, correctísimo, pantalón de ante y medias botas.

—¿Andando!

Y dirigiéndose á lady Grace, añadió:

—Señorita, vamos á ver á su papá, que está arreglando mi inscripción.

El duque había arreglado todas las formalidades preliminares, y en seguida sacaron á la yegua.

Todos se reunieron en torno del japonés, para verle montar.

Con rapidez asombrosa y gran corrección, se puso á caballo. La yegua dió un salto y empezó á recular. El japonés soltó las riendas y la acarició

en el cuello, diciéndole algunas palabras cariñosas en su idioma. Parecía que le estaba contando al oído algún secreto. La yegua se calmó al instante.

Lady Grace dió un gran suspiro de satisfacción, y preguntó:

—¿Qué le ha dicho usted, príncipe? Por primera vez en la vida se deja montar tan tranquila. Es una excepción.

—Esta yegua entiende el japonés, lady Grace—contestó riendo Mayo—. Vamos á ser muy buenos amigos; ya lo verá usted. Voy detrás de ese caballo para aprender el camino. Adiós, hasta luego. ¡Lady Grace, la copa será para usted! No lo olvide.

—Me parece que se va á salir con la suya—dijo el duque á su hija—. Mira qué bien monta; va clavado en la silla.

Los jinetes formaron en línea delante de la tribuna. Otra vez la yegua, asustadiza, dió un tremendo bote, suficientemente brusco para haber desmontado á un buen jinete; pero el japonés no se movió de la silla.

—En mi vida he visto un hombre tan hecho una pieza en su caballo como el príncipe—exclamó el duque.

—¿Sabes que creo que, en efecto no te dejará en mal lugar, mi querida Grace?

—Eso ya lo sabía yo—replicó la joven, riéndose satisfecha—. Me parece una sandez de todos vosotros que porque el príncipe no sea aficionado á los deportes, creáis que no puede hacer lo que los demás. Probadamente, no podrá guiar un caballo llevando en la mano una larga maza, y jugar al polo; pero eso de correr una carrera de obstáculos, como se empeñe, le creo capaz de dar lecciones á muchos jinetes ingleses.

—¡Ya salen!—exclamó el duque, interrumpiendo á su hija.

Les vieron salir disparados y salvar el primer obstáculo. El príncipe, que ignoraba su existencia, perdió un momento y quedó el segundo. El siguiente obstáculo era una valla. El caballo que iba en primer lugar tomó el salto de largo, y cayó al suelo, y el príncipe, que le seguía muy de cerca, desvió su caballo con la ligereza del rayo, evitando así el tropezar, y salvó la valla admirablemente.

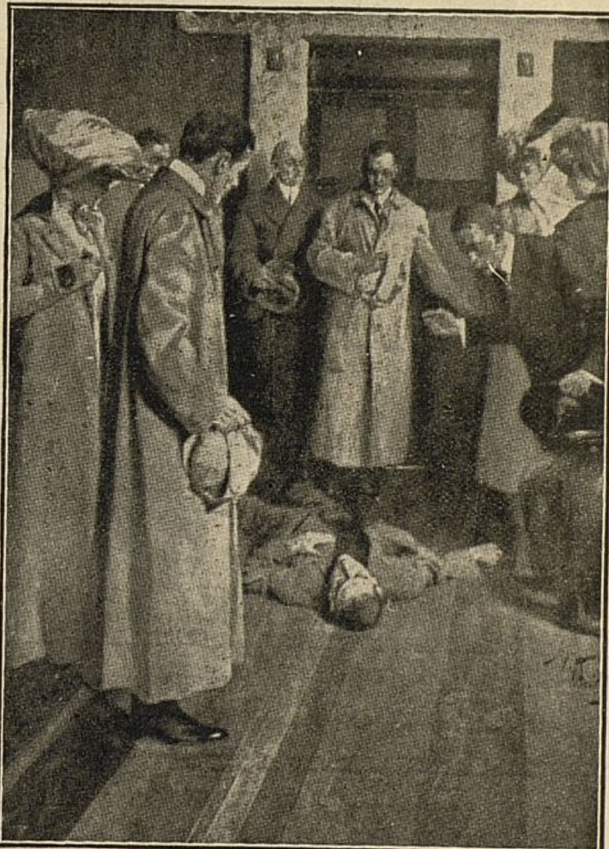
—¡Qué bien monta!—exclamó Bransome, que con los gemelos seguía todos los accidentes de la carrera—. Me parece que se la gana. Voy á ver si puedo apostar unas cuantas libras esterlinas.

Un macizo de árboles les ocultó de la vista de los espectadores; mas pronto volvieron á aparecer corriendo por el valle. El príncipe iba en segundo lugar, tratando de dar alcance á Somerfield, que era el primero; detrás ya no quedaban sino otros tres jinetes. Saltaron un seto, y después dos zanjas; en la segunda, el caballo

de Somerfield tropezó, y caballo y caballero salieron rodando por el suelo. Rápido se levantó y volvió á montar. Llegaron al gran salto de agua, al más emocionante, y se hizo un gran silencio entre los espectadores.

Somerfield seguía llevando la delantera. Saltaron; el barón perdió el equilibrio, y tuvo que hacer maravillas para conservarse en la silla. La yegua salvó el obstáculo con gran limpieza, sin que el príncipe se moviese de la montura.

Ya estaban de regreso, y sólo les quedaba un obstáculo, una doble valla. En la llanura, el príncipe pareció que tambaleaba, y lady Grace lanzó



emocionada un estridente grito.

—¡Ya está, ya está! ¡Bravo!—gritó el duque al ver que se reponía.

La yegua del príncipe perdió algún terreno, pero corría veloz hacia el último obstáculo, acortando rápidamente las distancias.

Somerfield, siempre delante, espolleaba y fustigaba constantemente á caballo. El príncipe le seguía de muy cerca, sin haber hecho aún una sola vez uso del látigo. Al llegar al salto iban casi juntos.

De nuevo se hizo el silencio. Un grito, y los dos jinetes saltaron la doble valla. Habían dado la vuelta, y se dirigían veloces, en línea recta. El barón no daba paz al látigo. Cerca del final, el príncipe, por primera vez, sacudió los flancos de la yegua, picó espuelas, y el animal salió vertiginoso como un rayo, adelantando ventajosamente á su rival.

Una formidable salva de aplausos estalló á la llegada del vencedor.

—Has ganado, Grace—dijo el duque á su hija—. Esta ha sido una

carrera verdaderamente admirable.

Cuando llegó el japonés, vieron que sólo se apoyaba en un estribo. Había perdido el otro en uno de los saltos; así es que, los últimos obstáculos, los había salvado con un solo estribo.

El duque fué corriendo á su encuentro. Cuando llegó, el príncipe descansaba, fumando tranquilamente un cigarrillo.

—Mi enhorabuena, príncipe; es usted un jinete de primera fuerza.

—¿Y lady Grace?—preguntó Mayo—. ¿Está satisfecha?

—Encantadísima; loca de contenta—replicó el duque—; todos esta-

mos contentísimos. ¿Y el estribo? ¿Qué ha sucedido?

—No sé; mal puesto. Pregúnteselo al groom. Al llegar al valle, sentí que cedía y se soltó; pero ya ha visto usted que eso no ha sido inconveniente alguno. Eso sucede amenudo, y ya estoy acostumbrado á montar sin estribos. Me ha gustado mucho el ejercicio. Siento haber vencido á sir Charles; pero hay que confesar que su caballo no vale lo que la yegua de su hija. Tengo una sed horrible, querido duque, y estoy hecho una porquería de polvo y sudor. Vamos á poner remedio á estas dos calamidades.

Cuando se dirigían al edificio donde estaba el restaurant y los cuartos de aseo, les salió al encuentro lady Grace, y alargando ambas manos al príncipe, le dijo:

—Muchas gracias, príncipe; es usted el mejor jinete que he visto. ¡Qué carrera más bonita! ¡Le estoy á usted agradecidísima! ¡No sé cómo pagarle este favor!

El japonés se sonrió, como si estuviera avergonzado, y contestó:

—Mi querida señorita, ha sido para mí un verdadero placer, y yo soy quien ten-

go que darle las gracias. No tiene usted que darme las gracias por nada; en todo caso, á su yegua, que vale más que los otros caballos.

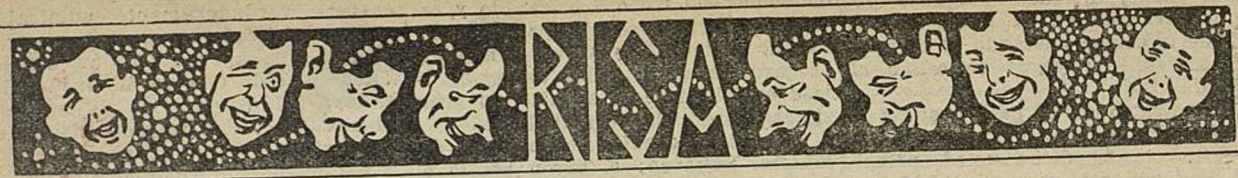
—No, señor; no ha dependido del caballo, sino del caballero.

El príncipe se refa, como si no entendiera lo que le decían.

—Me está usted sacando los colores á la cara—replicó el príncipe—. Después de todo, todos montamos igual. Lo único es que todos ustedes creían que, como yo no era inglés, tenía que salir rodando por el suelo.

—Me parece, querido príncipe, que ha habido varios ingleses que han rodado por el suelo—dijo el duque.

—Eso depende del caballo—replicó el japonés—. Algunos no están acostumbrados ni enseñados á saltar. En mi regimiento tengo novecientos hombres, y estoy seguro que no hay uno que no haga lo que yo. Si hubiera uno que no pudiera hacerlo, lo enviaríamos en seguida á la infantería.



—¿Cuál sería un rasgo de ingenio en un francés que jugando á las cartas no tuviera ninguna de la "pinta"?

—Arrojar el arco de triunfo.

—¿Dónde van en París, aquellos que se les ponen los asuntos del revés, para que se los arreglen?

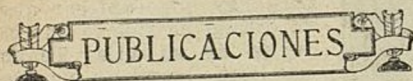
—Al "Trocadero".

—¿Cuál es el colmo de un músico relamido?

—Ser la "esencia de la banda".

—¿Y el de un ciego?

—Tener una "vista Panorámica".



Anuario General de España

La Sociedad Anónima "Anuarios Bailly-Baillière" y "Riera Reunidos" acaba de publicar su "Anuario General de España", edición de 1912, primera que ve la luz bajo los auspicios de las dos Empresas fusionadas.

Por riguroso orden alfabético de provincias, partidos judiciales, Ayun-



—¿Eres abogado, tío?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque estoy viendo que mamá me va á preguntar quién se ha comido la jalea y quiero consultarte sobre lo que he de contestar.

tamientos y pueblos agregados á los mismos, publica muy cerca de "dos millones de señas", entre las que se cuentan elemento oficial, comercio, industria, profesiones, Artes y Oficios y propietarios. También da de cada población el último censo de

habitantes, datos estadísticos, geográficos y descriptivos, ferrocarriles, carreteras, correos, telégrafos, teléfonos, servicios de carruajes, aguas medicinales, balnearios, etc. Al frente de cada provincia va impreso el respectivo mapa, y al final del cuerpo de la obra, los aranceles de Aduanas últimamente reformados.

La escrupulosidad y particular esmero con que ha sido hecha la rectificación de datos, constituyen una recompensa más que suficiente al pequeño retraso sufrido en su aparición, debido, como ya es sabido, por haberlo hecho público la casa editora, al enorme trabajo que ha reportado la refundición de datos de los dos Anuarios.

Como complemento á tan meritoria labor, la Sociedad anónima "Anuarios Bailly-Baillière y Riera Reunidos", acompaña, á cada ejemplar de su "Anuario General de España", un valioso regalo que dedica á cada uno de los compradores del mismo, y que no dudamos ha de ser apreciado en su justo valor. Este consiste en una colección de seis mapas de otras tantas provincias, tirados en varios colores é impresos sobre buen papel, constituyendo, por lo muy completos en datos y la perfección de su trazado, una verdadera edición modelo en su género.

PASATIEMPOS

CHARADÍSTICO

por

Juan José Carbonell.

*Pieza cosida de
pleitas de esparto*

FARDO Ó LÍO

El primer significado consta de tres sílabas y el segundo de dos. Con las cinco se puede formar una palabra que expresa:

ARMARIO O ALACENA

SINCOPA

por

Heriberto Vega Polo.

El reptil OK

Suprimiendo la letra del centro, expresará el nombre de una planta de Indias, cuya industria proporciona buenos resultados lucrativos.

Soluciones.

A la Combina:

ANICETO

SEÑORES

que

han enviado soluciones.

D. Benito Pelegrín.—D. Blas Pajares González, de Mesa de los Pinos.—D. Juan Guarro, de Barcelona.—D. Manuel P. Garriga.—Don Emilio Pardal, de Barcelona.—Don Benito Valles Torres, de Barcelona.—D. Miguel de Puelles y Centeno, de Cádiz.—D. José Cortés Villalva, de Madrid.—D. Acisclo Martín, de Bilbao.—D. Carlos Aguado, de Valladolid.—D. Vicente Loma Torrent, de Valencia.

Contestaciones.

V. Q. C. Siles.—Franqué con sello de cinco céntimos.

Ayuntamiento de Madrid